

FRANCISCO JOSÉ JURADO

SIN  
EPITAFIO

algaida



Primera edición: 2015

© Francisco José Jurado, 2015  
© Algaida Editores, 2015  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
ISBN: 978-84-9067-187-0  
Depósito legal: SE. 122-2015  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

CAPÍTULO I. Córdoba no es Sinaloa . . . . .	11
CAPÍTULO II. Un noble caballero y un fraile rufián . . . . .	33
CAPÍTULO III. Un muerto con nombre, esquila y epitafio . . . . .	47
CAPÍTULO IV. Pecado de ángeles . . . . .	79
CAPÍTULO V. A las niñas pijas les gustan los canallas . . . . .	97
CAPÍTULO VI. Un monje sin orden, un guerrero sin batalla, un hombre sin destino . . . . .	121
CAPÍTULO VII. Una mañana perdida . . . . .	139
CAPÍTULO VIII. Los códigos templarios . . . . .	165
CAPÍTULO IX. No es lo mismo amor que encoñamiento . . . . .	187
CAPÍTULO X. Hágase la luz . . . . .	221
CAPÍTULO XI. Un mazazo en toda la crisma. . . . .	245
CAPÍTULO XII. Un asunto muy delicado . . . . .	259
CAPÍTULO XIII. Un italiano de manual . . . . .	285
CAPÍTULO XIV. El final de la misión. . . . .	309
CAPÍTULO XV. La milonga templaria . . . . .	321
CAPÍTULO XVI. Un ligero cambio de impresiones. . . . .	347
CAPÍTULO XVII. Muerto no nos sirve. . . . .	365
CAPÍTULO XVIII. Boquita de piñón . . . . .	377
CAPÍTULO XIX. ¿Quién mató a Candela Montalbán? . . . . .	387



*Para Fernando y Gonzalo, los mellizos que llegaron  
mientras escribía esta historia, cambiándolo todo.  
Hasta las opiniones y puntos de vista. La vida entera,  
en realidad.*

*Para Quini. Porque, poco a poco, sin prisa pero sin  
pausa, seguimos caminando. Los pies siempre en la tierra,  
para impulsarnos hacia el infinito.*

*A Carmen González Olmo, mi madre.  
In memoriam.*



## CAPÍTULO I

### CÓRDOBA NO ES SINALOA

**D**ISTINGUIÓ EL RITMO CADENCIOSO —LENTO, ELEGANTE, RONCO— de un chelo, y luego el alegre acompañamiento de un violín, volandero y juguetón, ligero y saltimbanqui. «Mozart, sin duda», se dijo el inspector dándose de entendido y apostando sobre seguro, pero fallando estrepitosamente, porque eso tenía pinta de ser más bien Bach. En cualquier caso, esas notas bulliciosas en plena tocata y fuga y el jolgorio febril de miles de ajetreados transeúntes en el que, de repente, se vio inmerso tuvieron el efecto de devolverlo a la realidad. Llevaba un buen rato caminando, era obvio a tenor de donde se encontraba, pero no sabría decirse cómo había llegado hasta el centro de la ciudad, por qué calles o plazas había discurrido su itinerario hasta llegar aquí; apenas unos instantes salía de su ensimismamiento, los precisos para estar alerta a la hora de cruzar una avenida, de aguardar impaciente ante un semáforo remolón.

Llevaba varios días rumiando malaventuras, macerando temores, aunque no quisiera reconocérselo y dejara siempre algún resquicio abierto a la duda, a la esperanza. De hecho, no tenían nada que indicase que se encontraban ante una cosa u

otra: ni pistas, ni pruebas, ni certezas; si acaso ahora podrían disponer de la identidad del sujeto tras la toma de huellas póstuma. Y eso era lo verdaderamente inquietante: que no tenían nada. Pero desde que salió del Anatómico Forense, casi en las afueras, en la zona universitaria, quizás hubiera empezado a claudicar. Y así andaba desde entonces, absorto en sus hipótesis y elucubraciones, y sobre todo en las consecuencias que podrían derivarse en un futuro inmediato si éstas se confirmaban, como todo parecía indicar.

¿Cuántas autopsias había visto en su vida?, se preguntó, intentando racionalizar el creciente desasosiego, interiorizando que quizás Espadas, el comisario jefe, estuviese en lo cierto. «Unas cuantas», se dijo. ¿Y cuántos muertos a lo largo de su carrera? «Otros cuantos más», se repitió. De hecho, unos cuantos más de «demasiados muertos», eso es lo que arrastraba en su historial el inspector Benegas. Sin embargo, pocas veces una imagen lo había impactado tanto como la que acababa de ver en la sala de disección de Pozo, su *forense de confianza*, como le gustaba llamarlo. Y aunque es evidente que a nadie agrada que le sirvan como aperitivo matutino el hígado y el bofé cuasiputrefacto de un semejante, lo cierto es que aquel cadáver abierto en canal que ya reposaba en la cámara frigorífica era lo que menos le preocupaba en este momento. No, no era eso; no era la escenografía brutal de la muerte presentando sus cartas credenciales, por muy desagradable que eso pudiera resultar. Eran las especiales características de una muerte como ésta, y las incógnitas de todo tipo que la misma planteaba, lo que lo traía a mal traer desde que se despidió de su amigo forense, prometiéndole una vez más, «esta sí que sí, de verdad, chaval», que le diría a Marita que lo llamara un día de estos para tomarse algo los dos solos. «Solos y muy juntitos», interpretó Pozo, lúbrica sonrisa, mirada de arrobo.



—Pero, mientras tanto, la llamas tú a ella cuando hagas las tareas, le escaneas lo que tengas que escanearle y se lo mandas al aparato ese que se ha comprado, ¡cachivache del demonio, le falta darme los buenos días cuando me ve! Y cuanto antes, ¡eh, Pozo!; rapidito, que ya vamos tarde con toda esta historia del muerto sin nombre, sin esquila y sin epitafio.

Las consecuencias. Los perturbadores indicios que ya empezaban a despertar oscuras conexiones en las terminales de su cerebro, aunque Benegas, por nada del mundo, quisiera reconocérselo.

—Esto tiene toda la pinta de una venganza de narcos con ínfulas de notoriedad, al estilo mexicano. No quiero ni pensarlo, Benegas, ¡ni pensarlo! —le insistía una y otra vez el comisario Espadas con el miedo tintineándole en la voz, apretándole las tuercas para obtener resultados cuanto antes desde el mismo instante en que descubrieron el cadáver: varón, caucásico, de entre veinte y treinta años, dedujeron más por intuición que por otra cosa, por la musculatura y poco más, toscamente decapitado y con las huellas dactilares disueltas en ácido, las vísceras al aire como en un extraño ritual, no se diga azteca. Para rematar el cuadro, habían prendido fuego al coche medio desguzado y sin número de bastidor en cuyo maletero encontraron el regalo, y aunque las llamas no afectaron gravemente al cuerpo, Pozo hubo de esmerarse rehidratando varias veces la piel para poder llevar a cabo una identificación medio decente de esos despojos que Benegas había ido a visitar a primera hora de la mañana.

—Córdoba no es Sinaloa —intentaba aplacar el inspector a su comisario, aunque cada día lo hacía menos convencido, bien es verdad, pues esa exasperante ausencia de resultados en la investigación quizás fuera la señal más evidente de que Espadas no erraba el diagnóstico.

—Esos tipos son gente meticulosa y no dejan rastro. Llegan, actúan y se van —remachaba sus tesis el mandamás.

—Puestos en lo peor, jefe, no sería esa una mala opción —reculaba Benegas—: que se hayan largado y no los tengamos ya instalados por aquí. Ese trabajo que nos ahorramos. Tampoco sabemos si algún cártel ha establecido su *oficina de cobros* en Andalucía y estamos ante unos aprendices con ganas de hacer méritos para subir en el escalafón; no lo sé. Pero por el momento, nada indica ni una cosa ni otra. Ni siquiera la UDYCO ha detectado movimientos extraños en la zona.

—Pero sí habrán mirado en un mapa lo cerquita que estamos de la Costa del Sol, ¿no? ¡Y lo cojonudas que son las autovías! —empecinado en la catástrofe el comisario.

—Quizás sea un muerto de ellos y nos lo hayan endilgado, como usted dice. Que estén utilizando Córdoba como cloaca para los desperdicios; tampoco se lo voy a discutir. Pero no debemos descartar, sin más, un ajuste de cuentas pasado de rosca o un asunto pasional —mantenía todos los frentes abiertos el inspector por pura profesionalidad—. Sólo tiene que darme tiempo. En un asunto de esta envergadura, más tarde o más temprano, alguien dirá lo que no debe y a partir de ahí el panorama cambiará mucho.

Pero eso era precisamente lo que Espadas, presionado por sus superiores del Ministerio y por los políticos locales, asustados a su vez por el miedo de los ciudadanos ante la dimensión que empezaba a adquirir el caso en los medios de comunicación, no podía concederle: tiempo. Máxime cuando, por una de esas extrañas conjunciones que rara vez se dan en la naturaleza sin que por ello se alteren para siempre las reglas esenciales de la física cuántica, éste había ejecutado una inverosímil pirueta tri-mortal sobre sus propias costuras y se había confabulado para que su lento devenir no favoreciera a nadie y

fuese en contra de todo el mundo. «¡Ah, el tiempo, y luego dicen que transcurre para todos por igual!», rezongó el inspector, que siguió a lo suyo, dejando atrás la armonía revirada y barroca de Johann Sebastian.

Apenas sobrepasado el corrillo de gente que el dúo ucraniano de cuerda tenía reunido, casi sin solución de continuidad, en la esquina de la siguiente manzana, lo atrapó el vibrante tantarantán de unos hipnóticos percusionistas africanos, también en pleno *show*. Al igual que ocurre en la mayoría de las ciudades del hemisferio norte, las calles de Córdoba cada vez se parecían más a una extraña y bulliciosa orquesta filarmónica, la de la *Royal Misery Mundial*: esclavos escuchimizados tocando panderetas zíngaras en la calle Mayor, rumanas virtuosas del acordeón tiradas en medio de la acera allá, indios aimaras conjurando el hambre con sus flautas de caña y bambú acullá... ¡Y luego el Ayuntamiento se quejaba de que nadie iba al Gran Teatro cuando programaban ópera, conciertos de año nuevo o serenatas para el día del patrón, san Rafael Arcángel, como todo el mundo sabe! ¿Pero cómo coño vas a ir al teatro a hacerle el caldo gordo al concejal, si en la calle la entrada es gratis y el artista te toca la quinta sinfonía de arriba abajo por un bocata de mortadela?

Lo cierto es que si en lugar de ser inspector de Homicidios lo fuera de Extranjería y le diese por pedir papeles en esta calle, iba a terminar tocando los bongos el tío que repartía a diestro y siniestro publicidad de una perfumería cercana y mega-pija, disfrazado de simpático bote de colonia. «Y eso contando con que el tipo no fuera boliviano», masculló Benegas perseguido por el repique tropical del tamtan, alejándose un tanto del tumulto comercial de la calle Gondomar hacia la más tranquila plazuela de San Nicolás, toda vez que había notado la vibración de su móvil en váyase uno a saber qué parte de su

indumentaria —imposible escuchar con el ruido ambiente el politono última moda que Marita, su subinspectora multimedia y buenorra, le había pirateado en Internet— y debía proceder a la búsqueda arqueológica del artilugio entre sus ropas de entretiempos, extraño paréntesis meteorológico que en Córdoba no se corresponde con la primavera o el otoño, como suele ocurrir en el resto del occidente cristiano, sino que viene a ser una pequeña tregua de varios días relativamente apacibles en el abrupto tránsito de la canícula veraniega al invierno mesetario y polar. Y viceversa, claro.

*Item mas.* Si la sabiduría popular dicta que en algunas de las gélidas ciudades del norte ibérico únicamente hay dos estaciones, la de invierno y la de tren, Córdoba tampoco disfrutaba, o padecía, de las cuatro usuales, sino de cinco. A saber, y contando la de ferrocarril: dos semanitas del mencionado entretiempos, una en marzo y otra allá por octubre, intercaladas entre varios meses de mucho frío y otros tantos de mucho calor. De ahí que el aparatito se encontrase en un mínimo bolsillo interior de la americana de algodón que vestía Benegas —ranura casi camuflada y básicamente pensada para tal menester: guardar el teléfono—, de cuya existencia el inspector no tuvo conocimiento hasta que se lo descubrió su esposa casi dos años después de haber estrenado la prenda, a lo que él, con esa cara de sorpresa y risa floja que suelen poner los hombres cuando una mujer les descubre los oscuros arcanos de la moda, respondió: «¡Uy, ¿y esto?!». Pues eso. El caso es que el inspector encontró el móvil a la sexta vibración, poco antes de echarse a llorar o verse obligado a pedirles ayuda a los GEO'S.

Era el subinspector Vázquez. Pero alguien había decidido que la otrora tranquila placita de San Nicolás era sin duda el mejor sitio para celebrar el Día Internacional del Niño, de la infancia, de la inocencia o de la madre que parió a la Unicef, así

que el guirigay de gritos y risas de más de cien párvulos enervorizados le impidió escuchar una sola palabra. No le quedó otra que buscar refugio en la iglesia gótica que presidía la plaza y allí, en un silencio claustral sólo roto por la melancólica salmodia del sacerdote y los ronquidos de dos señoras de alta edad y cuna, le pidió a Vázquez que repitiera lo que quiera que le hubiese dicho.

—¡No me jodas, Andrés!, ¿cómo que igual? ¿Estás seguro? —ahogó un grito Benegas. Por la cara que puso parecía que, por una vez y sin que sirviera de precedente, Espadas iba a tener razón.

—¡.....! —cómo no iba a estarlo, parecía significar el resoplido del subinspector. Y el cadáver no era otro: era *otra*. Una mujer. Muy a su pesar, la tenía enfrente, y sí..., presentaba profundo tajo, y sí..., prácticamente abierta en canal también. En esas circunstancias es muy difícil no estar seguro de lo que uno está viendo—. ¡Esto es muy fuerte, jefe! ¡Muy muy fuerte! —no era sino una queja lastimera la constatación de semejante evidencia—. Yo ya no sé qué demonios tenemos entre manos, en el caso de que este asunto no se nos haya ido de las mismas. Que no se nos haya ido del todo.

—Bueno, vamos a ver. Esto... ¡En primer lugar, vamos a calmarnos! —mal empezaba el caso si ni siquiera el inspector era capaz de cumplir su primera y escueta orden, pues el tono imperativo no consiguió ocultar cierto nerviosismo—. Yo ya he acabado en el Anatómico y no estoy muy lejos de ahí —expuso Benegas al tiempo que corregía para sus adentros la todopoderosa y omnisciente voz del narrador, algo muy típico de un personaje tan ingobernable como él. Porque, le reprochó a éste, «¿Cómo que mal empieza el caso? ¿No sería más exacto decir que, con esta segunda muerte, nos ha estallado una perversa ramificación del caso que ya teníamos?».

—Jefe, casi no te oigo, ¿por qué hablas tan bajito? —preguntó Vázquez bajando a su vez la voz, reflejo instintivo que nunca podemos evitar, al igual que cerrar los ojos cuando caminamos en la oscuridad.

—Porque estoy en una iglesia —lo dejó perplejo el inspector.

—¡Ah, en una iglesia! Bien. ¿Pero, al menos, tenemos las huellas? —se interesó Vázquez por sus gestiones con Pozo, vitales para comenzar a investigar el que hasta ese momento había sido único cadáver, y desechando de inmediato su primer pensamiento al escuchar la respuesta de Benegas; esto es, que se encontraban ante un caso endiablado y su jefe había acudido a la casa del Señor en busca de guía y consejo.

—Las tenemos. Bueno, una parte. Lo que Pozo ha podido reconstruir, pero supongo que a Marita le bastará con eso. Le he dicho que nos envíe toda la información cuanto antes. ¿Está ella por ahí? —susurró.

—No, se ha quedado en el despacho, a la espera de los de la Interpol —le informó Vázquez en el mismo tono; más parecía que andaban secreteando amores que construyendo el encofrado de una investigación.

—Muy bien. A ver si hoy tenemos suerte. Dame cinco minutos, y que nadie toque nada mientras llevo. ¿Serán capaces de tener las manos quietecitas durante ese tiempo? —ordenó Benegas.

Cortó la comunicación y salió de la iglesia, enfilando el bulevar del Gran Capitán, el más paradójico y estrafalario de Europa, pues era una vía sin árboles ni parterres, sin jardineras ni paseos en flor, todo él granito y cemento armado, rugoso asfalto y áspero adoquín, estética soviétizante cortesía del anterior Gobierno municipal; al fin y al cabo, treinta años de corte y confección comunista no se borraban de un plumazo, por

muy derrotada y en retroceso que estuviera dicha ideología tras las últimas elecciones.

Con paso ligero y el corazón en un puño, llegó, en efecto, puntual. Cinco minutos justos. Número 72, tercer piso, escalera derecha, le había dicho Andrés. No hacía falta ver la cancela ni la rejería labrada del inmueble para saber que Gran Capitán pertenece a ese tipo de zonas en las que cada metro cuadrado habitable exige un previo aval bancario o un apellido de rancio abolengo que respalde a los inquilinos.

Benegas saludó a los varios agentes de uniforme que montaban el primer y discreto perímetro de seguridad en el lugar de los hechos, no se fijó especialmente en el mármol que revestía las paredes del amplio portal ni en la mesita baja junto al sofá de cuero repujado que le daban un cierto aire de salón de té; tampoco en los varios óleos de aceptable factura y motivos cinegéticos que lo decoraban y se dirigió a la escalera derecha de las dos que convergían justo al lado del habitáculo que hace tiempo debió de ocupar algún portero o guarda de la finca, también muy coqueto y apañado el minizulo, aunque ahora en evidente desuso. Subió los escalones de dos en dos, a buen ritmo, quizás para que sus zapatos de clase media no tuvieran tiempo de intimar con la rica y gruesa moqueta que, a modo de alfombra, recubría las zonas comunes de todo el edificio y amortiguaba sus pasos apresurados.

Llegó al tercer piso y de inmediato observó los protocolos de la muerte, el ajetreo y la incesante actividad que, inevitablemente, un asesino siempre pone en marcha: personal sanitario y de ambulancias, técnicos forenses, las distintas unidades policiales cada una a lo suyo, los simpáticos muchachos del juzgado siempre prestos a colaborar... lo justo y necesario. Se detuvo un instante para recuperar el resuello, aún agarrado al pasamanos. Un estrecho y larguísimo pasillo lo llevó hasta la

puerta de la vivienda, custodiada por otros dos agentes que, cuando vieron quién se acercaba, se apartaron, dejándole vía libre e interrumpiendo súbitamente la animada charla con la que entretenían la guardia. «Navaja cabriterera, te lo digo yo», volvieron a enfrascarse los dos policías cuando Benegas se internó en el piso en busca del subinspector Vázquez y del resto de su equipo. «¿Navaja cabriterera?, ¡anda ya! Una sierra de podar, querrás decir. ¿Pero tú has visto eso?», le llevó la contraria el compañero. «¡Vamos, hombre, parece mentira semejante candidez con la de años de servicio que llevamos en las alforjas!».

Ya desde el recibidor Benegas tuvo que ir sorteando gente y la más variopinta impedimenta de trabajo, desde útiles sanitarios a cámaras de fotos para immortalizar posibles pruebas. Por suerte, en el salón lo esperaban Sampedro y Maqueijan; eso que se ahorró hasta llegar al despacho donde apareció la víctima, pues mientras uno, antes de comenzar el rutinario interrogatorio a los vecinos, lo iba poniendo en antecedentes, el madero de dos metros le iba apartando obstáculos al paso, sin contemplaciones ni excusas.

—La víctima es Candela Montalbán, cuarenta y tres años, propietaria de la casa. Su marido no está. Es arquitecto, se llama, eeh..., déjeme ver: Estanislao Fanjul —comprobó Sampedro en su libreta—, y se encuentra en Sevilla presentando no sé qué proyecto a la Junta —comenzó a desgranar datos el subinspector mientras lo guiaba por los vericuetos de la amplísima vivienda, formada tras unir los dos únicos pisos que en ese edificio había en cada planta—. Ya nos hemos puesto en contacto con él y un compañero de empresa lo está trayendo en estos momentos en su coche. No estaba el pobre hombre para conducir, como se podrá imaginar. Y eso que no le hemos dado ningún detalle.



—Muy bien, Pepe. Quiero hablar con él antes de que los conozca. A ver qué puede contarnos.

—Jefe, verá, no sé si debería decírselo..., básicamente porque no estoy muy seguro, vaya eso por delante —dudó Pepe Sampedro, el más tímido y novato de sus tres subinspectores—, pero juraría que la cara de la víctima me suena.

—¿Y eso? ¿La conocías?

—En todo caso, de vista. ¿Se acuerda del *pub* Gimlet?

—¿El Gimlet, el Gimlet...? —se preguntó Benegas, intentando hacer memoria—. Hum... —no conseguía situarlo en la diana de su memoria.

—Sí, no estaba lejos de aquí, un par de calles más abajo. Es posible que haya ido alguna que otra vez con Vázquez o con Marita. Lo cerraron hace un par de años. Algunos compañeros y yo solíamos ir allí a tomarnos la última del día, al terminar el servicio. Y yo creo que esa mujer muerta también estaba muchas veces por el bar. No sé, a veces daba la impresión de que era la dueña, o quizás la encargada del local.

—Habrá que comprobar eso. ¿Alguna cosa más, Pepe?

—Sí, una más: no es muy agradable eso que va a ver ahí dentro —le anticipó Sampedro, cediéndole el paso al gabinete de trabajo donde la colombiana que trabajaba como externa en la casa encontró aquella mañana el cadáver, a eso de las once menos cuarto, justo cuando iba a iniciar las tareas de plancha y limpieza que tocaban ese día. Aún le duraba el síncope a la pobre chica; no paraba de farfullar entre sollozos que cosas así no las había visto ella ni en su tierra querida, cuando los enfrentamientos entre los narcos, el ejército y las FARC.

—¿Qué te parece el panorama, jefe? —le disparó Vázquez desde el umbral de la habitación conforme lo vio llegar, señalando con la cabeza y una mirada de reojo el lugar donde la víctima yacía. Y aunque le quedó una pose viril y chulesca,

escorzo de chico duro por encima del bien y del mal, lo cierto es que el truco de la mirada de soslayo fue lo único que se le ocurrió para no empezar a vomitar como un surtidor; daría lo que fuera por tener la capacidad de borrar de su mente una visión así.

—¡Joder, la verdad es que uno cree estar preparado para todo y, sin embargo...! ¡Me cago en la puta!

Curtido de tragaderas como había demostrado estar en más de una ocasión, Benegas no pudo reprimir una arcada, dándole la razón a sus dos subinspectores. Tragó saliva un par de veces para apaciguar la aspereza biliar y, cuando medio se recompuso, saludó con un movimiento de cabeza a Ullastre y a Lucas Lucena, ambos de la Científica, quienes, agachados, mono blanco de trabajo y mascarilla, se afanaban en cuadrricular cartesianamente cada milímetro del pequeño despacho para su posterior peinado y análisis. Era Lucena, el jefe de la unidad, quien hacía una primera descripción de los hechos, contándole con voz de ultratumba sus primeras impresiones al pequeño micrófono de una grabadora digital:

—El cuerpo presenta un corte profundo en el torso que va desde la base del seno izquierdo hasta, prácticamente, la ingle derecha, afectando venas y arterias principales y secundarias, pero sin seccionarlas de forma traumática. El laberinto intestinal, el bazo y parte del estómago y páncreas son perfectamente visibles. De hecho, algunas de esas vísceras, ya sea total o parcialmente, sobresalen de la cavidad torácica, aunque no penden ni llegan a descansar sobre el regazo de la víctima. A falta de precisarlo con más detenimiento y rigor tras la pertinente autopsia, el corte inferido parece tener también forma de L, con el palo corto o base de la letra mayúscula un tanto inclinada —y apretó el botón *off*, cediéndole el artillugio a Ullastre.

—Una cuchillada profunda en forma de L, ¡vaya por Dios! —musitó Benegas.

Pozo certificó desde el primer momento que el cadáver sin cabeza que apareció en el coche calcinado también presentaba una herida de esas características. Mismo *modus operandi*, mismo tajo de matarife vengativo, el mismo rencor... Si Espadas estuviera presente en el levantamiento ya le habría repetido mil veces con su vocecita chillona *Lo sabía, Benegas; lo sabííííí. ¿Te lo dije o no te lo dije? ¡Maldita sea mi suerte, la que se nos viene encima con los mexicanos!* Y quizás tuviera razón el comisario jefe. Quizás sí, pero tal vez no. Ahora estaba seguro Benegas, y casi emitió un suspiro de alivio porque...

—Oye, Lucena —se dirigió a su colega de la Científica—, ya sé que no soy experto en la cuestión y no me gustaría meterme donde no me llaman pero, con semejante escabechina, ¿no debería haber mucha más sangre por aquí?

—Depende —le contestó críptico, viéndolo venir.

—¡No me toques los cojones, Lucas! Ya sabes a qué me refiero. Al menos, no parece que le hayan pegado un tiro antes, ¿no? —para pocos juegos estaba el inspector.

—No lo parece, desde luego, pero habrá que esperar a la autopsia para saber si murió como consecuencia de esa enorme herida o ya estaba muerta cuando se la hicieron, aunque no la mataran de un disparo.

—En el primer caso, más que un charco de sangre deberíamos tener un lodazal.

—En teoría, sí, pero te repito que depende, Benegas. Así que puede ser que no. Estas cosas requieren su tiempo, ya lo sabes. Mira esto —reclamó su atención apartando el entramado de vísceras—: el corte presenta una evidente direccionalidad de arriba abajo, de eso no tengo duda, así que es perfectamente posible que una primera cuchillada cerca del corazón la

haya dejado seca, fulminada. O casi. Si damos por buena esa hipótesis, el ritmo sanguíneo se interrumpe, como comprenderás, y entonces ese charco de sangre no sería nada anormal. O suponte que, como consecuencia de la sección de alguna arteria, encontremos una hemorragia interior complementaria, que también puede ser. O, ¡yo qué sé!, imagínate que esa mujer tuviese en vida problemas de coagulación, pues entonces los parámetros son otros muy distintos. En fin... —Lucena se encogió de hombros; no iba a decirle lo que Benegas quería oír sin antes realizar sus preceptivos análisis.

—¿Cuánto tiempo dirías tú que lleva muerta? —como si oyera llover, el inspector.

—¿Qué hora es? —tan abstraído andaba Lucena que había perdido la noción del tiempo.

—Las once y veinte —le contestó Vázquez.

—Pues eso te lo podrá confirmar Pozo cuando le haga la autopsia, pero yo diría que entre dos y tres horas, seguro —fue todo lo explícito que pudo Lucena.

—Al menos a ésta nos la han dejado con la identificación —inició otro epígrafe del expediente Vázquez con el mismo soniquete cheli de antes, aunque fue ver a Lucena manosear el cadáver y empezar a sentir el café de esa mañana, e incluso el bolo alimenticio de la primera papilla, subiéndole por el esófago.

—Doble, además: la cabeza en su sitio y el nombre en el buzón. ¿No te parece raro, Andrés? Esta gente suele ser muy meticulosa —le robó escandalosamente los argumentos a Espadas, muy dado a ello el inspector cuando el hurto beneficiaba a sus tesis.

—Puede que no les haya dado tiempo a terminar el trabajo; que se creyesen en peligro o tuviesen miedo de que alguien los descubriera, la chica de la limpieza, por ejemplo —conjeturó Vázquez.

—Entonces tendríamos dos cadáveres para desayunar: éste y el de la colombiana. En cualquier caso, lo que sí tenemos ahí es un hilo suelto —dijo señalando a la víctima con un sube y baja de cejas—. Y un hilo suelto bien tejido se convierte, antes o después, en un fleco. Si a ello unimos las huellas que nos pueda enviar Pozo, lo mismo empezamos a darle forma a un bonito tapiz —planteó un futuro perfecto el inspector.

—De todas maneras, jefe, ya me dirás qué pueden tener en común un desgraciado cuyo cadáver nadie reclama desde el otro día con una mujer como esa.

—Pues eso es lo que nos toca averiguar a nosotros, querido. Pero seguro que se te ocurrirían varias cosas si hubieses visto lo que le colgaba al maromo en cuestión, y no me refiero a la asadura, claro. Y podrías resumirlo fácilmente en una sola palabra, pero es demasiado grosera para decirla delante de una dama. Y más si está muerta y le cuelgan también sus vergüenzas —ironizó el inspector ante la anuente sonrisa de su subordinado.

Dicho lo cual, con sumo cuidado para no pisar el reguero de sangre casi coagulada que se extendía desde los pies de la víctima hasta prácticamente donde él se encontraba, ni tampoco las marcas periciales que Ullastre se afanaba en colocar alrededor del cuerpo de Candela Montalbán, Benegas se adentró en la habitación —cuatro o cinco pasos, no más—, bordeó la mesa de escritorio que ocupaba la parte central de la estancia y la observó.

La víctima estaba sentada casi en el borde de su silla de trabajo —parecía estar escurriéndose de la misma—, separada aproximadamente un metro de la mesa, y se encontraba de cara a la única puerta del abigarrado y funcional gabinete. Dicha puerta se abría a un pasillo que llevaba hacia las dependencias interiores del inmenso piso. Tenía la cabeza ladeada hacia

la derecha, apoyada la sien en la parte superior del respaldo, y el rictus más de sorpresa que de terror. Junto a los brazos, descolgados y ya en un estado de semirrigidez, eran las únicas partes de su cuerpo que no presentaban manchas de sangre. Hasta hacía un rato, Candela Montalbán había sido una mujer esbelta, de pierna larga y cuerpo armonioso y flexible, agradecido por las muchas horas de cuidado y dedicación exclusiva, ya fuera en el gimnasio o en diversas clínicas de estética, a juzgar por sus manos en perfecto estado de revista. «Longilínea y de complexión atlética», dictaminaría Pozo en la ulterior autopsia.

Benegas observó también su melena castaña clara —larga, lacia y natural, sin teñir pero convenientemente veteadada con mechas para acentuar el tono trigueño— y, a pesar de la palidez que ya empezaba a enturbiarlo, le fue fácil constatar asimismo un rostro terso, quizás demasiado bronceado para esas alturas de año. Un rostro, bien se había fijado el inspector en alguna foto del salón, de nariz recta y labios finos, algunas pecas infantiles y ojos expresivos y mediterráneos; una mujer guapa, en definitiva, poseedora de esa belleza altanera que da la buena crianza. «Más atractiva que guapa», se corrigió el inspector, aunque en este tipo de hembras avasalladoras ambos conceptos no fuesen excluyentes, sino complementarios para causar un efecto normalmente devastador en quienes ellas quisieran. Buen reloj, ropa de marca y demás complementos de una calidad que hasta él mismo supo reconocer, en consonancia con el mobiliario, electrodomésticos y demás cachivaches para el hogar que había ido viendo en su recorrido por la casa junto a Sampedro y Maqueijan, bien es cierto que la mayoría de habitaciones estaban decoradas siguiendo un patrón de estilo moderno y aséptico —de líneas rectas y con preponderancia de los colores blanco, negro y cromo, *minimalismo de diseño nórdico*

con un toque zen, que dirían las revistas de interiorismo *snob* que a veces leía Blanca, su esposa—, mientras que la estancia donde fue hallada la señora Montalbán tenía toda la pinta del clásico despacho que uno puede encontrar en una notaría de las de toda la vida de Dios. «Debía de ser el lugar de trabajo de su padre, o del suegro, y ha querido conservarlo tal como era», se dijo el inspector. Y así, el testero que quedaba a espaldas de Candela cuando ésta se sentaba a la mesa estaba ocupado en su integridad por una estantería acristalada repleta de volúmenes antiguos y tomos de diversas materias, desde derecho a navegación pasando por heráldica y cartografía militar, y la mesa-escritorio era de buen y robusto roble, con las patas ligeramente alabeadas y los adornos en forma de cresta que perfilaban el exterior de cada una de ellas dorados con barroco pan de oro, un tanto gastado su brillo por el roce de las sillas y el tiempo. Sobre la mesa, un ordenador portátil cerrado, un par de gruesas carpetas atadas con cintas de color burdeos, un estuche abierto con monedas que al inspector le parecieron romanas, un diccionario de hebreo arcaico, otro de griego-latín, un tercero de árabe clásico y poco más: recado de escribir y útiles de oficina, entre los cuales destacaban un par de estilográficas Montblanc color coñac y un plumín Faber-Castell negro con acabados y punta bañados en oro. En la pared derecha, encima de un chifonier, colgaban varios diplomas y títulos del marido y alguno de la difunta, junto a dos planos a mano alzada de la ciudad de Córdoba, uno actual y otro sin datar; mientras que la izquierda estaba ocupada por varias repisas a distintas alturas con libros de narrativa moderna y ensayo histórico y dos sillas de corte funcional, alrededor de las cuales podían verse varias cajas de cartón que contenían documentos y fotocopias.

Nada hacía suponer violencia sexual, prosiguió su deducción el inspector, pues Candela estaba completamente ves-

tida, sólo desgarrada y abierta de par en par la blusa *beige* y un corte oblicuo en la parte superior de las bragas, como si el asesino hubiera pretendido obscenamente que su obra pudiese contemplarse a la perfección. Le hizo dudar que la falda, desabrochada, apareciese un tanto subida, una cuarta por encima de las rodillas, pero las medias sin desgarros confirmaban su primera impresión.

Benegas no aguantó más alrededor del cadáver y se dispuso a salir de la estancia, donde el hedor se hacía insoportable por momentos. Ullastre y Lucena recogían ya sus bártulos y, en una de las salas contiguas, los del tanatorio esperaban vía libre para trabajar, preparando las bolsas y la camilla.

—Nadie se viste así para estar en su casa a las ocho de la mañana, Andrés. Ni siquiera una mujer *como esa* —le dijo a Vázquez señalando el cadáver con la barbilla; no desperdiciaba ocasión Benegas para una puya social—. Peinado y manicura, blusa *beige* oscuro, falda color garbanzo a juego con las medias...

—Y en el perchero de la entrada hay una cazadora Bels-taff, de esas caras, de color marrón clarito para combinar con todo el conjunto —apostilló el subinspector.

—Cierto —también se había fijado Benegas en una prenda que costaba por lo menos un tercio largo de su magro sueldo mensual—. Quiero saber adónde iba, por qué iba y, sobre todo, con quién iba a salir —le encomendó Benegas—. Averigua por qué ese alguien era tan importante para ella. Y en cuanto se despeje el horizonte —y abarcó con la vista a todo el personal que aún pululaba por allí—, consigue la lista de llamadas, de los SMS y que Marita destripe ese ordenador portátil y otros que pudiera haber en la casa. Y perdón por la expresión, pero no se me ocurre otra. Yo me voy a hablar con Espadas y a hacerle un resumen de lo que tenemos y de lo que me gustaría tener, y a ver si esta tarde a primera hora... —se interrumpió.



pió de repente el inspector, porque supo que había llegado el peor momento.

Eso lo da el oficio.

Vázquez también lo miró cariacontecido y chasqueó la lengua.

Porque, de repente, un murmullo que se convirtió en leve tumulto cuando no lo dejaron pasar, cuando le dijeron que todavía no, que sería lo mejor. En ese momento, los operarios del tanatorio abrocharon presurosos la cremallera de la bolsa de lona gris y asintieron con la cabeza, ya podían ponerse en marcha. Así que, brutalmente, de repente, escenificado ante ellos una vez más, el último protocolo que impone la muerte: el de la despedida, la aceptación postrera de la única verdad.

Benegas caminaba junto a la camilla y lo atisbó al final del pasillo, tras la hercúlea mole de Maqueijan, intentando ver algo por encima de Lucena y de los dos agentes de guardia que también le impedían el paso. Que era mayor que su esposa ya lo sabía, pero le sorprendió que un hombre pudiera envejecer quinientos años en los apenas ciento treinta kilómetros que separan Córdoba de la capital de la comunidad. Desmadejado y macilento, con un faldón de la camisa por fuera del arrugado pantalón, Estanislao Fanjul contempló a cámara lenta cómo se acercaba el cadáver de su mujer. No derramó una lágrima, pero se le secó de golpe la boca y sintió un crujido hondo y áspero desencajándole alguna parte de su interior que hasta ese instante él desconocía como propia. Todas las zozobras por saber qué encontraría al llegar a casa y todos los lamentos por lo mucho que ya siempre quedaría por decir se tradujeron en un nudo pastoso que casi le corta la respiración. No fue capaz de articular palabra, por tanto; pero no dejó de negar con la cabeza hasta que la fúnebre procesión se detuvo junto a él. Y no era rabia o impotencia la traducción simultánea de aquel lenguaje gestual y silencioso. Tampoco

incredulidad, lo más normal dadas las circunstancias, sino quizás la constatación de una evidencia.

—Algo así te iba a pasar, Ela; algo así te podía pasar —bisbiseó, llevando su mano al bulto que yacía justo delante de él, rozándolo apenas con las yemas de los dedos, último ademán de ternura que certificaba el fin de ese matrimonio. Vázquez y Benegas se miraron al instante. Fue el inspector quien reaccionó.

—Don Estanislao, verá, soy el inspector...

—Te has ido a morir en el mismo sitio que tu padre —no le hizo ni caso Fanjul, pero al menos le confirmó su intuición—. El hombre que más quisiste en tu vida, al fin y al cabo —remató el reproche el arquitecto. Vázquez y Benegas volvieron a establecer conexión. ¿No querían un hilo del que tirar? Pues ahí tenían tantos que podrían hacerse un jersey de tricota. De los grandes. De esos que parecen ponchos.

—Sí, esto... verá, don Estanislao —volvió a la carga Benegas con toda la exquisitez y tacto que pudo—, entiendo que no es el momento, pero cuando haga todo lo que tenga que hacer y usted lo crea conveniente, me gustaría que me dedicara unos minutos. Hay varias cosas que debemos preguntarle, como comprenderá. No hace falta que se pase usted por comisaría, yo mismo vendré por aquí —se lo puso fácil, pero al mismo tiempo no le dio alternativa—. Quedo a su disposición, pues.

—Muy bien, sí... Muy bien —le confirmó Fanjul, pero la mecánica y desvaída respuesta habría sido la misma que si Benegas le hubiera recitado las bienaventuranzas en arameo; en el extrarradio del limbo interestelar era por donde transitaban los pensamientos de aquel hombre en ese momento.

—Entonces nos marchamos ya, don Estanislao. Créame que lo sentimos mucho.

Tras el obligado y cortés pésame, el inspector puso de nuevo en marcha la comitiva. Los operarios de la funeraria se

adelantaron buscando el ascensor y, como Sampedro parecía seguir ocupado interrogando a los vecinos, Maqueijan, Vázquez y él enfilaron la salida. Fue entonces cuando ese politono última moda que Marita le había bajado de Internet volvió a activar los parámetros normales de la vida en medio de aquel camposanto improvisado. Además era ella quien llamaba, la titular del *copyright* de la melodía.

—Dime, Marita —la atendió.

—Fabián Flores.

—Encantado de conocerlo. ¿Y? —refunfuñó Benegas. A veces le exasperaba la concisión germánica de su subinspectora, austríaca por parte de madre—. Además de conocerlo, ¿tenemos tratos con él?

—No mucho, pero algo hay. Asuntos menores: antecedentes policiales y alguna falta. Por eso ninguna base de datos internacional nos dio resultado con las muestras de ADN.

—Vamos para allá y nos cuentas, aquí ya hemos terminado —Benegas prefiguraba al fin un mínimo plan de trabajo en su mente, lo cual no era poco tras seis días sin saber qué hacer con un cadáver decapitado que llevaba desde entonces expandiendo su nauseabundo olor de miedo e incertidumbre por toda la ciudad.

—Eso no es todo, jefe. Tengo aquí a alguien que quiere verte.

—Vaya, ¿una sorpresa? ¿Agradable o de las otras? —preguntó Benegas por preguntar, bien sabía él que en su trabajo, contrariamente a lo que ocurre en otros órdenes de la vida, la palabra *sorpresa*, sustantivo singular de muy fácil comprensión para todo el mundo, solía tener un conjunto muy difuso y plural de significados, entre los cuales destacaban el más que probable «malas noticias» y el casi seguro «contratiempos».

—Bueno, será mejor que vengas y él mismo te la cuente —le respondió la subinspectora.

—Lo dicho entonces, Marita. Espéranos en mi despacho y entretén al personal mientras llegamos.

También muy entretenidos habían estado los dos veteranos agentes que aún montaban guardia en la puerta de la vivienda. Cuando los vieron acercarse, de nuevo guardaron prudente silencio y compusieron marcial figura, que tampoco era cuestión. Maqueijan se despidió de ellos con una palmada en el hombro y les deseó buen servicio, cortesía que ambos agradecieron con un leve asentimiento de cabeza. Pero fue cerrarse la puerta del ascensor y allá que volvieron a la diatriba:

—Afilada cimitarra.

—Sable español; un espadón de esos como Dios manda.

—Cuchillo montero. Con hoja dentada, de sierra.

—Navaja cabriterera de toda la vida, te repito. Esas no fallan a la hora de rajar.

Y así podrían seguir hasta que, en efecto, concluyesen el servicio. Pero a pesar de que repasaron buena parte del arsenal militar con que los hombres se mataban cara a cara antes de que la pólvora y los neutrones introdujesen criterios menos selectivos y mucho más libérrimos e industriales, ninguno de los dos acertó, siquiera de lejos, a identificar el arma homicida con que se había perpetrado aquella horrenda carnicería. Bien es cierto que era muy difícil acertar, extraña arma esa, en desuso desde hacía siete u ocho siglos por lo menos. De hecho, la última vez que se tuvo noticia fehaciente de su utilización no fue en un campo de batalla o en alguna justa o torneo medieval —lo más lógico, pues ese y no otro fue el periodo histórico de su máximo esplendor—, sino en una oscura calle de París. Como quizás nadie sepa. Como quizás nadie haya querido saber desde entonces debido a los aún más oscuros y turbios asesinatos que a partir de ese momento se desencadenaron.